

# Urodelo

Luz Idolina Velázquez Soto  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Autónoma de Puebla

Era medianoche y Dómiro seguía en el estudio. Con la puerta entreabierta y en penumbra apareció su silueta corcovada. Selva lo observó detenidamente desde el umbral. Las piernas flexionadas y el tronco largo proyectaron una sombra contra la pared dando la impre-



sión de un ser monstruoso. Se acercó de puntillas y su calvicie brilló. Le puso las manos en la espalda, fue deslizándolas hacia abajo. Sintió un escalofrío recorriéndola. Quiso alejarse pero sus pies no la obedecieron. De pronto quedaron de frente, tenía la cara llena de forúnculos y los ojos dilatados. Contuvo la respiración cuando sus gruesos labios sellaban los de ella a tarascadas. Un grito de terror se ahogó en su pecho.

—Despierta— le susurró Dómiro besándole la oreja mientras le jalaba el edredón.

—Tengo frío— se quejó Selva, antes de levantarse.

—Estabas agitada— le dijo, dirigiéndose al estudio.

Todas las mañanas era lo mismo: él bebía agua de ajolote y ella, a punto de vomitar, corría al baño.

Selva cambiaba con frecuencia el agua a la pecera. Hacía esfuerzos por soportar el asco que sentía al verlo. Recordó cuando Dómiro lo trajo, poco después de casados. Con esa dote inició su marido la sociedad conyugal. Detestaba ver a Dómiro tarde con noche, ensimismado en el animal, le parecía que llevaba siglos hacien-

do anotaciones, como si sólo ellos existieran.

Ella suspiraba recordando su luna de miel. Él, en cambio, era feliz junto al anfibio. Lo escuchó decir, dormido, varias veces: *mi pez-mujer*, refiriéndose, de seguro, al urodelo.

No supo qué fuerza la mantuvo junto

al pez con patas sin provocarle vómito, pero esa mañana era diferente. Lo vio de reojo suspendido en el agua, inmóvil. Quiso huir: fue tarde, se sintió arrastrada por un torbellino de aguas espumosas, nadó a contracorriente, hasta alcanzar la orilla. Sintióse a salvo, abandonó su cuerpo hasta percibir un aleteo de la nariz resoplando en su oreja, como jadeos sin compás: parecía el hombre de la otra noche.

—El agua se nos acaba— dijo con voz aguardientosa, provocándole escalofríos con su vaho.

—Tú tienes— murmuró, mientras la chupaba por todo el cuerpo, desnudándola.

—¿Cómo?— preguntó en un grito cuando sintió unas uñas enterrándose en sus muslos.

—Tú debes saberlo— dijo arrastrando las palabras al aspirar el sudor de sus axilas, masticando su vellosidad.

Quedó inmóvil. Los brazos, a manera de tenazas, ceñían su cuerpo. Empezó a disfrutar esa piel pegajosa, cubierta de protuberancias erizando su epidermis al desplazarse en ella. Navegó entre sus pechos, escalando los pezones abultados. Se deslizó por los muslos mordisqueándola, hur-

gando hasta posesionarse del pubis. Se arqueó al ser embestida por la lengua dura, rasposa, clavándose en distintos lados de su piel, prolongándose como punta filosa hasta la cavidad abdominal. A dentelladas desgarró parte del clitoris succionando los efluvios que manaban.

El placer, hecho grito en su garganta, la volvió a la realidad. Se incorporó en medio de un charco de sangre, limpió las manchas del estudio y repuso el agua de-rramada.

Escondida en su angustia, atisbaba a la pareja. Dómiro alargaba las horas con el rostro junto a la cabeza del anfibio, sólo separados por la pecera, perdidos en el fondo de sus pupilas. Noches incontables las de Selva, socavando el frenesi de su carne al observar sus movimientos. El serpenteo de su cuerpo la excitaba, como cuando arremetía sus paredes vaginales destilando humores.

Apagó la luz y, desnudo, restregó su piel sudorosa en la de Selva. Le subió un escozor como excitación de heridas afa-bles mientras él reptaba a lo largo de su espalda. Él balanceaba su cuerpo introduciéndose cada vez más hasta que las ramificaciones filamentosas, flotando del cuello, se perdieron apercollándose en los márgenes de esa oscuridad. La carne reventaba en deseos. En ese momento, la voz de Dómiro salió del hocico repugnante; sus

dedos se hincharon transformándose en ventosas ligadas por membranas. Los ojos parecían haberse colocado en dirección de sus orejas. La cara adquiría tonalidades verduscas bajo los pliegues de su piel. Proyectó la lengua hacia afuera, a manera de tirabuzón para lanzar un gemido placentero. Ella tocó la cabeza gelatinosa provocándole un ligero estremecimiento. Electrizada atrajo a su regazo el *ligam* de cada noche-día.

La mañana disolvió cualquier indicio de alucinaciones. Selva despertó con huellas púrpuras entre las sábanas. Dómiro dormía plácidamente. A cada bocanada de aire dejaba entrever unos dientes pequeños y, replegada en la cavidad bucal, tenía enroscada la punta de la lengua.

Desde entonces ya no fueron los mismos, el ajolote abría sus ojos y se pegaba al vidrio humedeciéndolo, su mirada extraviada sólo era fósil apariencia de lava corriendo por sus venas.

Selva le restó importancia a las faenas propias de su condición. Trataba de beberse el tiempo, de ahogar los latidos de su corazón pertrechados bajo el vientre hasta que el silencio hacía acopio de presencia.

Escudriñando con el tacto erectas extravagancias, instantes en que Dómiro caía de bruces sobre su cuerpo, meciéndose en cucullas para husmear su piel adolorida.

Rodaron jadeantes por el estudio. Los ojos de Dómiro, aún anestesiados, permanecieron así durante varios días. Los cuerpos se nutrieron uno al otro. El hocico siguió golpeando en el vientre de Selva.

La policía la encontró cerca de la pecera, con las piernas abiertas como tenazas, surcadas por finos arroyos de sangre seca.

El ajolote, a punto de reventar, con la piel apergamina-  
nada, se revolcó desesperado en el fondo, ante la evaporación del agua.

